

## PRESENTACIÓN

Por la tarde, cuando cae la noche, en ocasiones, me gusta deambular por las aulas y pasillos de la Facultad, paseos a la manera que retratan las películas del documentalista Frederick Wiseman. Pienso en la coexistencia de tiempos diversos en el mismo espacio vacío, y casi sin querer me veo transportado por un auténtico carrusel de imágenes: el ensimismamiento de la clase entera atenta a la lección, la cara de asombro de un alumno cuando percibe una idea inesperada, el griterío en los cambios de horario, los improvisados encuentros entre profesores y estudiantes en los pasillos, los carros de la limpieza junto a la puerta de los despachos vacíos. Todo está en silencio, pero de estas evocaciones, cual magdalena, brota la Facultad en su conjunto, como es y como era: colegas cercanos y distantes, discípulos más despiertos o premiados, compañeros de administración y personal de servicios. Y también los objetos: los

arrinconados percheros, los pupitres con sus antiguas cajoneras, la tarima, las ventanas, las máquinas de café y bebidas, los calores, y los olores (¿a qué huelen las facultades?), el aparcamiento de las bicicletas...

En un lejano pasado, la última lección de un académico formaba parte de la vida pública. En las hemerotecas se agolpan testimonios sobre actos jubilares organizados por la universidad, teñidos de emociones y retórica añeja. "Toda mi vida universitaria viene en estos momentos a mi alma y la conmueve que no os podéis ni imaginar", puede leerse en una de aquellas crónicas. Tiene lógica; algunos profesores, cuando im parten su *Última Lección* llevan cuarenta años de brega en las aulas y es posible que hayan sido 'maestros' de miles de alumnos y alumnas. No obstante, es obvio que la faceta complementaria de nuestro trabajo docente tiene que ver con la investigación y la transferencia del conocimiento a la sociedad a la que nos debemos. Lo llamativo es que este segundo aspecto da pleno sentido a la memoria que tenemos sobre el esfuerzo colectivo del trabajo académico, sobre esa tarea callada que cristaliza en lecciones y textos seminales, en "bases químicas" para la vida intelectual. Pero nunca se sabe dónde o cómo puede surgir o continuar la cadena de la vida científica, a través de qué persona o en qué lugar apropiado.

Por eso queremos desde la Facultad de Humanidades, Comunicación y Documentación rendir homenaje

al trabajo de aquellos que han hecho posible lo que somos. Y por ello deseamos dignificar, apelando a nuestras propias tradiciones, lo que simbólicamente significa una última lección.

De todos es conocida la ingente labor desarrollada en el campo de las humanidades por el profesor Jorge Urrutia, uno de nuestros maestros más reconocidos y respetados. Es imposible glosarla en breves párrafos. Deben buscarse emociones personales. Sobre su figura se recortan las diversas facetas de su quehacer académico y literario: el Urrutia poeta, el teórico y el historiador de la literatura, el ensayista cultural o cinematográfico. Quisiera desde aquí invitarles a explorar con entusiasmo el diálogo incesante que ha sabido articular entre ellas. Un primer impulso me llevaría a mí a elegir entre sus escritos un ensayo ya lejano, sobre "La generación del 27 y el cine", que utilicé con provecho para lo que entonces se denominaba como tesina de licenciatura. Más reciente, le veo caminando entre los edificios de nuestra universidad, y me digo que un académico es un canalizador de energía. Urrutia es energía y considero que esa es la base de su legado: *Homo homini sacra res. Lo que hoy sabemos nace del ayer.*

MANUEL PALACIO  
Septiembre 2016

Decano de la Facultad de Humanidades,  
Comunicación y Documentación.